

KARL KRAUS Y LA CRÍTICA AL PSICOANÁLISIS¹

Daniel Gerber

Implicable crítico de su tiempo y de la cultura, Karl Kraus nació el 2 de abril de 1874, 18 años después de Freud.

En abril de 1899, a los 25 años, comienza a publicar *Die Fackel* (La antorcha). Hasta 1912 tuvo colaboradores y a partir de este año todos los números fueron completamente escritos y editados por él mismo. La revista se publicó durante 34 años y fueron 25.000 páginas de escritura rigurosa, parodia y sátira. En ellas se plasmó un agudo ataque a la moral prevaleciente y una crítica sin concesiones a la cultura de su tiempo. La revista tuvo un gran éxito editorial y una de sus características más importantes fue el interés claro por el lenguaje y el empleo que de él se hacía en todas las esferas.

Kraus tuvo una clara visión del papel fundamental del lenguaje como organizador de la realidad y el mundo: “la idea viene porque la tomo de la palabra”, es uno de sus aforismos.

En los primeros tiempos del psicoanálisis Freud buscó el apoyo de Kraus. Advertía cierta coincidencia con él en el plano de la crítica social. De hecho, Kraus realizó en 1905 una reseña favorable a *Tres ensayos de teoría sexual* y durante algún tiempo pareció coincidir en muchos aspectos con el creador del psicoanálisis: los dos planteaban que era necesaria una redefinición del concepto de perversión, dominada por una concepción esencialmente moral; también se oponían a la penalización de algunos comportamientos sexuales como la homosexualidad y buscaban franquear el dominio del erotismo y la sexualidad del estatuto de excepción donde los colocaba la moral burguesa. Kraus llegó a frecuentar entre 1905 y 1906 los cursos de Freud en la Universidad de Viena, pero al cabo de unos años todo cambió.

Freud y Kraus vivieron cuarenta años en la misma ciudad; sin embargo nunca se encontraron y fue a partir de 1908 que Kraus hizo de la teoría freudiana uno de los blancos de su crítica. La llevó a cabo por medio de una larga serie de aforismos hasta aproximadamente 1919. La crítica apuntaba a dos aspectos: el sentido de la idea de inconsciente y la institución psicoanalítica que definía como la “secta clandestina convencida de haber encontrado la piedra filosofal”. Decía entonces: “Los modernos médicos del alma convierten al enfermo en su cómplice. El neurótico recibe una

¹ Texto sobre la conferencia presentada en la Universidad Iberoamericana el 12 de febrero de 2015 dentro del ciclo de conferencias El rasgo Austrohúngaro, organizadas y coordinadas por Gibrán Larrauri Olguín en el departamento de Filosofía. México, D.F.

conciencia de su inconsciente, que es muy constructiva aunque sin grandes horizontes. En lugar de apartar al paciente del centro de su enfermedad, los psicoanalistas le crean una confianza en el sufrimiento, una suerte de orgullo por sus síntomas que dispone al neurótico a buscar –en el mejor de los casos- otro psicoanálisis, cuya posibilidad de éxito es muy reducida. En síntesis, se trata de un método que, al parecer, transforma a los enfermos en especialistas en la teoría psicoanalítica, porque le resulta imposible curarlos. La clave de la cura reside en la capacidad de introspección, que no es sino la enfermedad misma. Desgraciadamente todavía no existe un suero del alma”.

La brutalidad que llegó a caracterizar su crítica se desató con la publicación de la novela del psicoanalista Fritz Wittels titulada *Ezequiel, el viajero* (1910) en la que el protagonista, personaje muy desagradable, es una alusión directa a Kraus. Pero esto sólo fue el detonante. Las razones más verdaderas de la hostilidad de Kraus hacia el psicoanálisis se sitúan en la crítica a la pretensión que le atribuía –y que era y sigue siendo la de algunos psicoanalistas- de interpretar todo, particularmente la creación artística. Esta crítica no forma un sistema sino que se desarrolla en una serie de aforismos propuestos como respuesta antisistemática a una teoría que, según él, se afirma como embrión de un sistema globalizante.

Wittels había sido colaborador de *Die Fackel* y Kraus le criticó severamente algunas notas que escribió sobre la “indigencia sexual”. Esto motivó que el primero publicara un trabajo titulado *La neurosis de la revista Die Fackel* en el que afirmaba que la actividad intelectual y crítica de Kraus era resultado de un conflicto edípico mal resuelto. Freud mostró su claro desacuerdo con este texto y rompió con Wittels, preocupado también por la crítica que el psicoanálisis pudiera recibir por parte de Kraus.

Fue precisamente entre 1908 y 1910 que se multiplicaron los estudios –contrarios a la esencia misma del psicoanálisis- de “psicoanálisis aplicado” a las obras de arte y la “personalidad” de los artistas. Ante éstos, Kraus se propuso defender las obras y los artistas a los que consideró objeto de un ataque sin fundamento. “Sacar a los artistas del gabinete de consulta” en la medida en que han caído en manos de “irresponsables”, tal puede ser la descripción “física” del “salvataje” que pretendió realizar.

En este sentido, cuando en 1911 Max Graf –padre de Herbert Graf, el célebre “pequeño Hans” de la historia del psicoanálisis- publicó en 1911 un ensayo titulado *Richard Wagner y “El holandés errante”*, su crítica fue de una severidad extrema, aunque no exenta de razón, pues señaló muy lúcidamente que, “si la fuente primera de esta obra es el complejo de Edipo de Wagner, como lo señalaba el autor, ¿cómo explicar que todos los felices poseedores de un complejo similar, es decir, según la confesión misma de los psicoanalistas, la casi totalidad de la humanidad, no hayan compuesto esta ópera?”. El

psicoanálisis –añadía-, no contento con no explicar el único verdadero misterio, el de la creación, propone un modelo que no resiste a la generalización, de modo que la actividad teórica de los psicoanalistas no es solamente “irresponsable” sino inútil y absurda porque no explica nada y no hace sino posponer la explicación del problema de la creación artística.

Para Kraus era fundamental evitar todo pensamiento que nivele las diferencias entre los seres negando su singularidad y que no reconozca la especificidad del creador. Esto lo llevó a sostener que la teoría freudiana era una nueva versión del platonismo: somos reflejo de una realidad inconsciente, todopoderosa y oculta y la tarea de los hombres es descifrar el sentido de esta realidad, asentir y aceptar sus designios. Dice al respecto: “El psicoanalista es al psicólogo lo que el astrólogo al astrónomo. En la ciencia psicoanalítica el tema astrológico juega un papel fundamental. En un principio nuestra conducta estaba determinada por el lugar que ocupaban los astros. Más tarde las estrellas de nuestro destino cambiaron de domicilio y habitaron en algún punto de nuestro corazón. Luego llegó la teoría de la herencia, y ahora las estrellas de nuestro destino se encuentran en los pechos de nuestras nodrizas, porque nuestra vida adulta depende de si nos gustaron o no de recién nacidos. Las impresiones sexuales de la infancia son hoy las responsables de todo cuanto nos sucede posteriormente. Sin duda esta teoría tuvo el mérito de haber destruido la ilusión de que la sexualidad empezaba después del examen de bachillerato. Pero no debemos, creo yo, exagerar. Si ya pasaron los tiempos en que el método científico ejercía la abstinencia de conocimientos, no debemos entregarnos sin reservas al placer de la investigación de la sexualidad. ‘Mi padre –se burlaba el bastardo de Gloster²- estaba unido a mi madre dentro de la cola de un dragón, y la hora de mi nacimiento cayó bajo el signo de la Osa Mayor, por esa razón soy rudo y salvaje’. Y sin embargo era más hermoso depender del sol, la luna y los astros que de la fuerza y el destino de una teoría científica”.

Curiosamente y pese a su crítica radical al psicoanálisis Kraus utiliza un procedimiento muy semejante al de éste: como si se tratara de la escucha del discurso de un analizante que intenta hacerle oír eso que él mismo dice sin advertirlo, aplica lo que puede llamarse la inversión irónica, que supone retornar sobre el mismo psicoanálisis su aparato conceptual. Inversión que apunta a mostrar la debilidad del razonamiento de quien se coloca como intérprete de todos los fenómenos del mundo sin darse cuenta que él mismo es el punto ciego de esta visión de conjunto. Lo que intenta Kraus así es “analizar” al analista.

Su crítica, que comienza con las “aplicaciones” del psicoanálisis se va haciendo extensiva a toda la teoría y práctica de esta disciplina. En sus aforismos el psicoanálisis

² Alusión a *El rey Lear*, de W. Shakespeare.

deviene progresivamente sinónimo de estafa. Es definido como la exaltación de lo “más bajo” (los supuestos instintos) y se caracteriza como una ciencia “judía y femenina” (en la medida en que, influido por Weininger, considera a ambos expresión de lo exterior a la civilización que la amenaza). Al igual que el periodismo –agrega- tiene su parte de responsabilidad en la inminencia del apocalipsis que amenaza a la cultura.

Sin embargo, y a pesar de su crítica feroz y sus excesos que lindan con posturas antifeministas y antisemitas, su lectura del “psicoanálisis aplicado” no deja de resultar valiosa si se toma en cuenta lo desacertado de emplear la “interpretación” psicoanalítica – o lo que por esto se entienda- fuera de un contexto que es el del dispositivo del análisis. Por otra parte hay importantes puntos de convergencia entre las afirmaciones de Kraus y el discurso freudiano, particularmente en lo que respecta a la concepción del lenguaje y el análisis de la cultura.

En torno al primero, se puede destacar la gran lucidez de Kraus cuando dice: “El lenguaje es la madre, no la sirviente del pensamiento” y “La idea viene porque la tomo de la palabra”. Por otra parte no deja de destacar la equívocidad del lenguaje, aunque puede cuestionarse su pretensión de “limpiarlo” planteándose la tarea imposible de “depurarlo”: “Mi idioma es la puta de todos, a la cual convierto en virgen”.

Hay también cierta coincidencia con Wittgenstein en torno al lenguaje, en una afirmación que en alguna medida contradice la anterior: “Si no puedo seguir adelante, he topado con las paredes del lenguaje. Entonces me retiro con la cabeza sangrando y quiero ir más allá”. Al respecto, el filósofo austríaco decía: “Los resultados de la filosofía son el descubrimiento de algún simple sinsentido y de los chichones que el entendimiento se ha causado al chocar con los límites del lenguaje. Estos, los chichones, nos obligan a recocer el valor de ese descubrimiento”. Ambos, mucho antes que Lacan, descubrieron la existencia de un real que resiste a toda captura por parte del lenguaje y pueden considerarse precursores en este sentido.

Ese real indecible es lo que pudo advertir en el surgimiento del nazismo, cuando afirmó: “Sobre Hitler no se me ocurre nada”. Más que evadir la cuestión, Kraus parece aludir a lo indecible que muy pronto iba a manifestarse en el absoluto horror.

En cuanto a los aforismos que escribió sobre el psicoanálisis, hay algo más que ironía y descalificación: señalan un modo absolutamente cuestionable de entender y practicar esta disciplina por parte de algunos de sus exponentes. Por esto deben ser pensados y reflexionados seriamente porque de este modo se podrá llegar a fundamentar más rigurosamente qué es y de qué trata el psicoanálisis. Estos son los más conocidos:

“Si la humanidad, con todos sus defectos repulsivos, es un organismo, entonces el psicoanalista es su excremento. El psicoanálisis es una ocupación en cuyo nombre psico y ano están unidos”. Se trata de una formulación muy adecuada: el psicoanálisis se ocupa precisamente de eso que puede considerarse como “desecho”: síntomas, sueños, actos fallidos; en ellos habla la verdad del sujeto de deseo, más allá de lo que “voluntariamente” pretende decir.

“Si le digo a un analista que me bese el culo, él dirá que tengo una fijación anal”. Ironía totalmente acertada en la medida en que señala un modo de “interpretación” totalmente cuestionable en tanto se “aplica” una idea teórica general sin tomar en cuenta la singularidad del sujeto que habla en esa situación.

Finalmente puede citarse el más célebre de sus aforismos sobre el psicoanálisis: “El psicoanálisis es aquella enfermedad que cree ser su propia terapia”. Otro acierto indudable: lejos de ser “terapia”, el psicoanálisis es efectivamente una “enfermedad”. Su propósito no es “curar” sino más bien crear las condiciones para que el sujeto pueda hacer algo distinto con su “enfermedad”, su síntoma, si se toma en cuenta que éste encarna su verdad y que, por esto mismo, es en alguna medida irreductible.

Pero además, hay en Kraus un análisis de la cultura que converge en todo sentido con el trabajo de Freud sobre este tema. Ambos destacan la existencia inevitable del “malestar” como consustancial con ella. En este sentido es indudable que estos aforismos de Kraus podrían haber sido firmados por Freud:

“El diablo es optimista si cree que puede hacer más malo al hombre”.

“La vida es un esfuerzo digno de mejor causa”.

“El progreso celebra victorias pírricas sobre la naturaleza”.